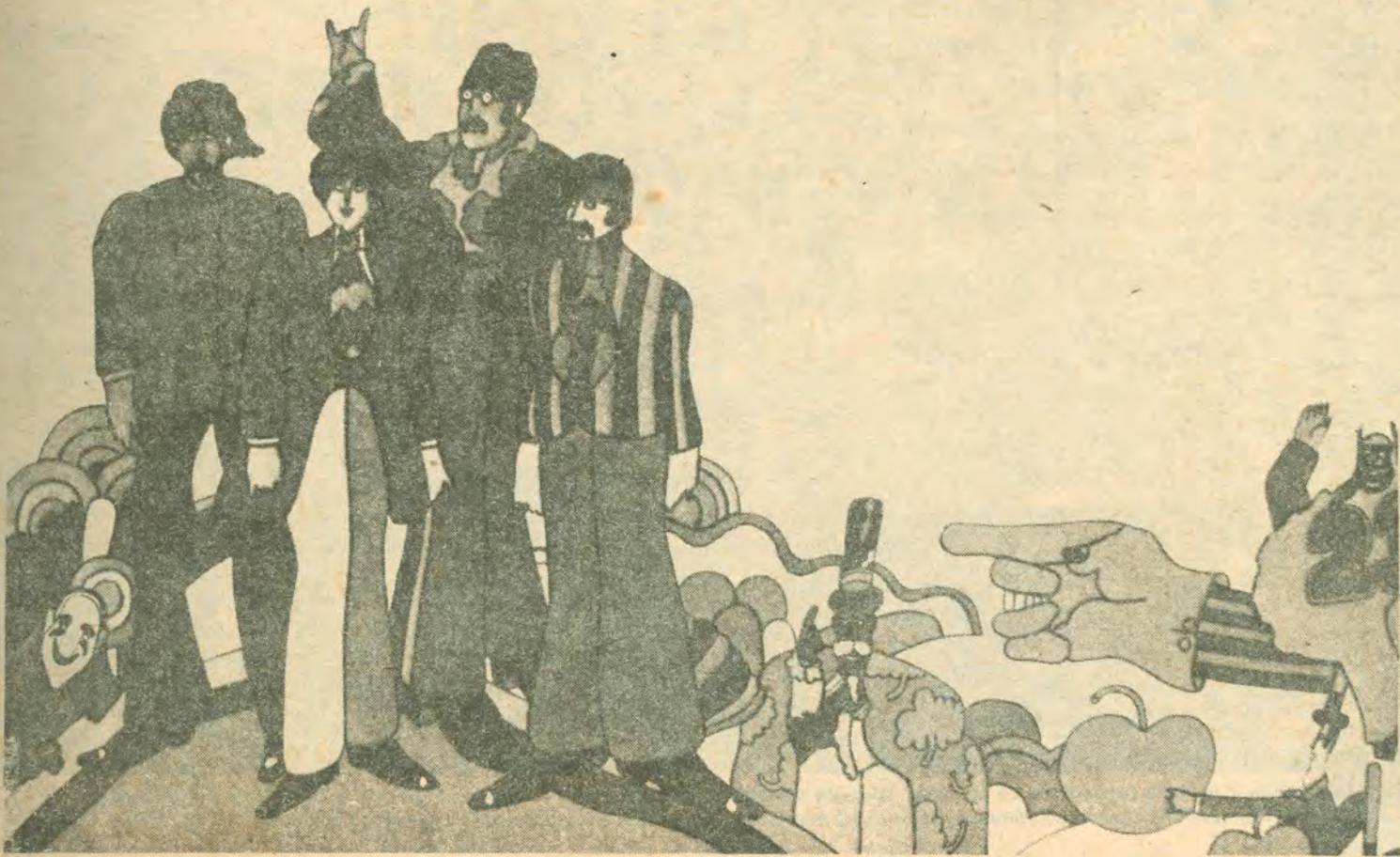


John Lennon ha muerto, la guerra contra los hombres azules continúa



John Lennon, el largo adiós a una época prodigiosa, a unos años de grandes ilusiones.

Alto y robusto, el hombre pasó el fin de semana frente a la casa, con un disco de Los Beatles bajo el brazo, desafiando el frío otoño newyorkino. Cuando la pareja estuvo finalmente cerca, el desequilibrado disparó 5 veces. Sobre el asfalto de Manhattan se derrumbó John Lennon y con él toda una época.

A pocas cuerdas de distancia, Ronald Reagan declaraba hipócritamente: "Es una gran tragedia".

Por extraña coincidencia, desde el otro lado del mundo, la TV china mostraba a Wang Hongwen, el obrero textil que en 1967 encabezara la "Comuna de Shanghai", declarándose culpable de complot y traición.

Con el fin de los 4 de Liverpool y el juicio a la hoy Banda de los 4 termina, quizás la juventud para los que en Oriente y Occidente fuimos adolescentes urbanos en los años 60. Época en que surgen la cultura popular de Europa y Norteamérica: el rock, el soul, los hippies; rompiendo con la música, las modas y costumbres que el americano medio pasaba por el mundo.

Fue el tiempo de Los Beatles, cuyo éxito es imposible de explicar sólo a partir de la publicidad. La música "beat", en general, fue una creación original, aunque inconsciente, de la juventud proletaria de Liverpool. Existía mucho antes que vinieran las grandes compañías disqueras. Surgió como una especie de reacción espontánea contra las relaciones en la fábrica. Proporcionaba a los jóvenes trabajadores exactamente aquello que necesitaban en su

'tiempo libre' para reponerse de las embrutecedoras relaciones de producción en la fábrica: música, entretenimiento, optimismo. Y les proporcionaba una forma de independencia cultural, aunque ubicada dentro de los marcos burgueses.

El movimiento se expandió como una chispa. En casi cada pueblo de Europa noroccidental existía un grupo amateur y en casi toda taberna tocaba alguna banda. Conforme las bandas —entre ellas Los Beatles— se convertían en "grandes estrellas", se alejaban más y más de las masas a través de la comercialización total. La "ola beat" decayó así rápidamente. Pero alcanzó su dinámica porque alguna vez radicó en el pueblo.

Los años 60 fueron, pues, un constante desbordar de la cultura popular en Occidente. La industria cultural iba a la zaga, tratando de recuperar algo que se le escapaba de las manos como se vio a nivel político en Berkeley y Columbia, en Berlín, Roma, Varsovia y Tlatelolco; en el movimiento afroamericano y, finalmente, en el gran "mayo" francés de 1968.

Pero Marcuse no tenía razón. Los jóvenes rebeldes no podían ser vanguardia. El "flower power" no era suficiente para doblegar al imperio.

En EE.UU., el Movimiento que se formó en esos años fue una basta amalgama heterogénea, que aglutinaba desde pacifistas y reformistas, hasta anarquistas y marxistas-leninistas. Pero más que la experiencia de los mártires de Chicago y el socialismo, el Movimiento recogía la larga y

más enraizada tradición norteamericana individualista, liberal, pacifista, de desobediencia civil y retraimiento aislacionista.

Thoreau, refugiado en los bosques de Walden, es el antecesor de las comunas hippies, austeras como él en su rechazo a la sociedad de consumo, pero no ascéticas sino profundamente sensuales en su rechazo a las represiones de los años 50 y en esto más cercanas a Whitman. Pero la huida al campo, al Oeste, a una especie de socialismo utópico, no ofrecía alternativa para el futuro. Entonces, el Movimiento se desdibuja. Una parte opta por luchar al interior del sistema. Otros se radicalizan y son ferozmente reprimidos. Mientras tanto, se van perfilando más nítidos los rostros tenebrosos del imperio: Vietnam, Nixon, Watergate, la CIA en Chile marcan el tránsito a la estación del desencanto.

Vendrán el acid-rock, conocido entre nosotros como "enfermedad"; el punk y otros epigonales decadentes. Janis Joplin y Jimmy Hendrix lo pagan con la vida. Las drogas "duras" reemplazan a las psicodélicas alucinógenas; la liberación sexual cede paso al sado-masochismo, los porno-shops y el kiddy-sex; la izquierda desaparece; entre las ruinas de la comunidad bucólica destruida, pululan Charles Manson y sus bandas asesinas. Vendrán sectas ininteligibles como la de James Jones en Guyana. Los Beatles se desmembran.

Para muchos será el momento del triste, impotente regreso. A tratar de usufructuar los beneficios del sistema, buscando conservar un mínimo, a veces, de dig-

nidad y siempre de nostalgia.

Hasta que la victoria de Reagan aplaste sin piedad cualquier rezaño de esperanza, marcando el triunfal regreso de los Hombres Azules, que los Beatles creyeron exterminar en "Submarino Amarillo". La vuelta a los tristes años 50, a la guerra fría, a la monotonía enlatada de la música "disco".

Y a manera de epílogo: la muerte de John Lennon, que deja 200 millones de dólares y el Mercedes más lujoso de Nueva York.

Esa misma noche los mayoristas de San Francisco realizaron ventas récord de sus discos. Ya en México dos mujeres intentaron suicidarse. Y ya nuestras emisoras, unidas al comercial homenaje, nos saturan con su música. Pero hay otros homenajes para el que un día fue joven, libre y creador.

Imaginamos a Mafalda, ya señorita, derramando una lágrima por el ídolo caído y por los tiempos idos.

Y en la periferia tambaleante del Imperio, los que en los años 60 fueron adolescentes; y también los más jóvenes continuarán la lucha contra los Hombres Azules, hasta volver a liberar la Tierra de la Pimienta... y la Tierra de la Canela y la Tierra del Cobre y del Café y todas las tierras cautivas.

Entonces volverán el color y la música. Melodías de mil pueblos diferentes que inundarán y alegrarán todo el planeta (Carlos Iván Degregori)